



## TE CUENTO QUE BLANCA ÁLVAREZ...

... cuando era pequeña quería ser pirata. Toda su familia era gente de mar y aquello le parecía muy divertido. También le gustaba contar historias, pero no escribirlas. Pero le cogió gusto y aprendió rápido y ahora escribe unas historias preciosas. A Blanca le emociona que su hija la achuche y le diga cosas bonitas, y sentirse querida por sus buenos amigos.

EL BARCO



DE VAPOR

# La araña enamorada

Homenaje al cuadro *Hirondelle*  
de Joan Miró

Blanca Álvarez

Ilustraciones de Juan Berrio





Dirección editorial: Elsa Aguiar

© del texto: Blanca Álvarez, 2006  
© de las ilustraciones: Juan Berrio, 2006  
© Ediciones SM, 2006  
Impresores, 2  
Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 12 13 23  
Fax: 902 24 12 22  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-1174-1  
Depósito legal: M-1959-2009  
Impreso en España / *Printed in Spain*  
Orymu, SA - Ruiz de Alda, 1 - Pinto (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A todos los niños  
con corazón de golondrina  
que dibujan abrazos  
en nuevas nubes.*

*A todos los niños  
con corazón de araña  
que tejen ternuras inventadas.*

Gabriel pinta historias.  
Todas las mañanas, se levanta,  
asoma su cara de sueño a la ventana  
y busca una historia para pintar.

Si no la encuentra,  
sale a las calles,  
pasea los parques y las plazas,  
contempla a los gatos vagabundos,  
los perros con collar,  
los niños bajando toboganes  
o merendando bocadillos de membrillo  
y chocolate...

Siempre encuentra una historia.



Después, regresa a su taller  
con mucha prisa,  
con la cabeza alborotada.  
Gabriel llena sus lienzos  
con los colores de la historia encontrada:  
el niño y la cometa,  
el pájaro y la estrella,  
los gatos y la rosa.

Y así, con historias y colores,  
el pintor ilumina los lienzos  
como cuentos.



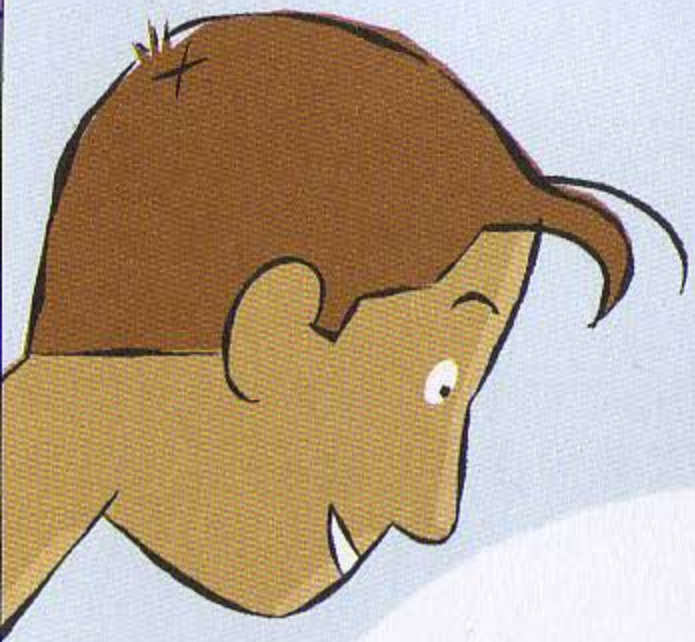


Aquella mañana, Gabriel se levantó, asomó sus ojos de sueño al balcón y la vio.

Allí, en el muro que casi podía tocar con su mano, una araña, negra y brillante, tejía una inmensa red.

El pintor se tapó la boca cuando sintió las alas de una golondrina revoloteando y acercándose hasta el muro donde la araña tejía y tejía.

«Se la comerá», pensó.

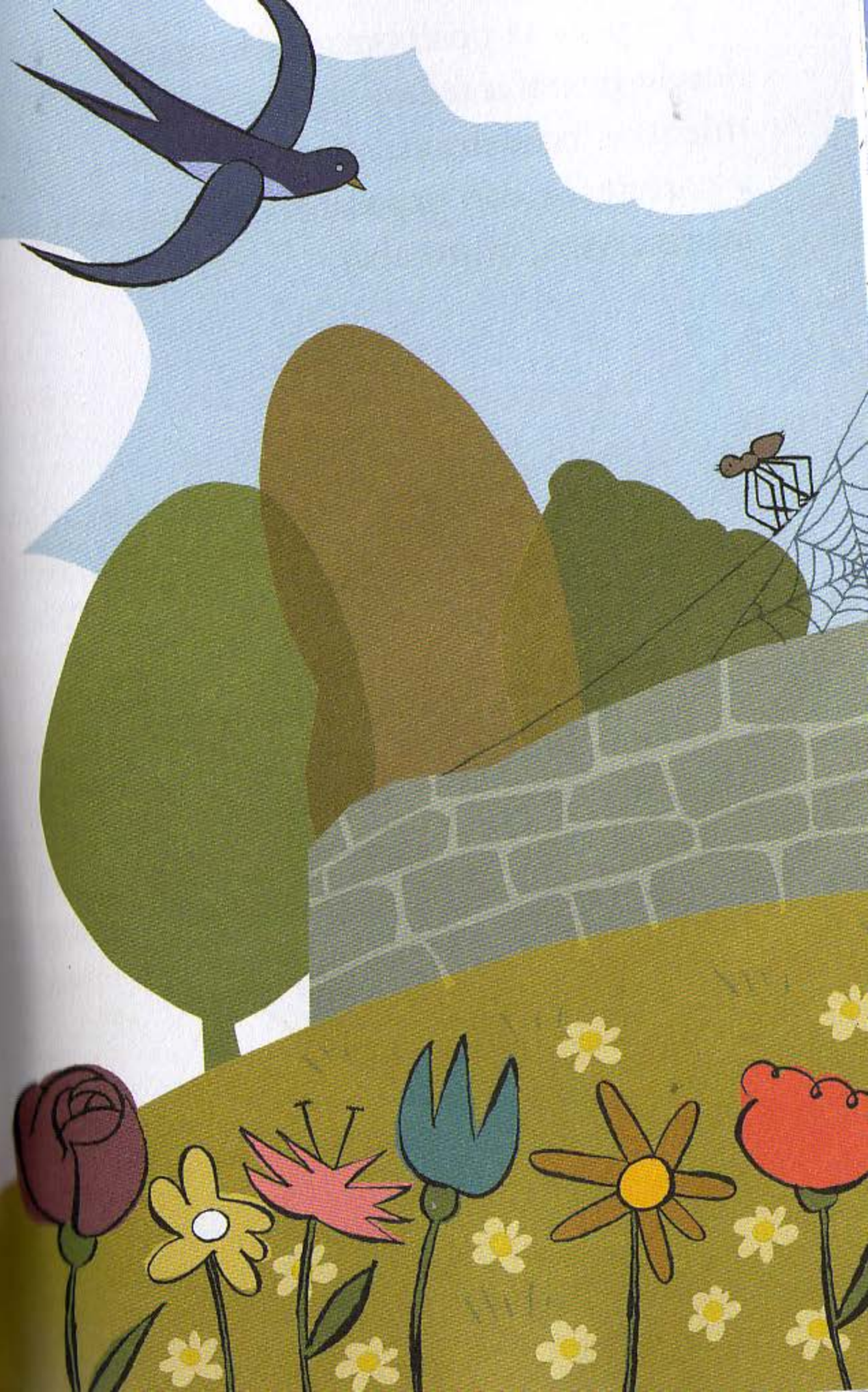
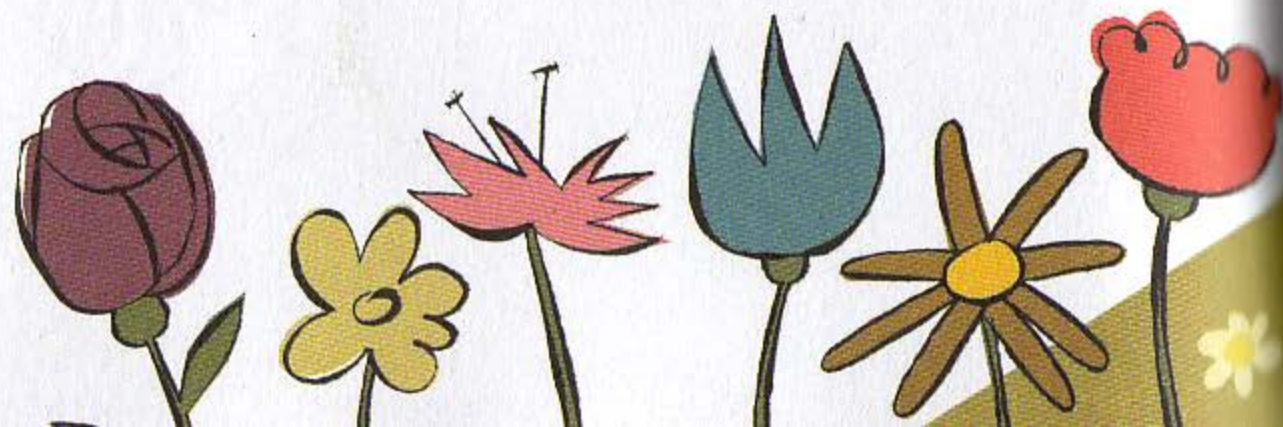


Sin embargo, Gabriel pudo ver cómo aquella extraña pareja se contemplaba y mantenía una conversación imposible para sus oídos humanos.

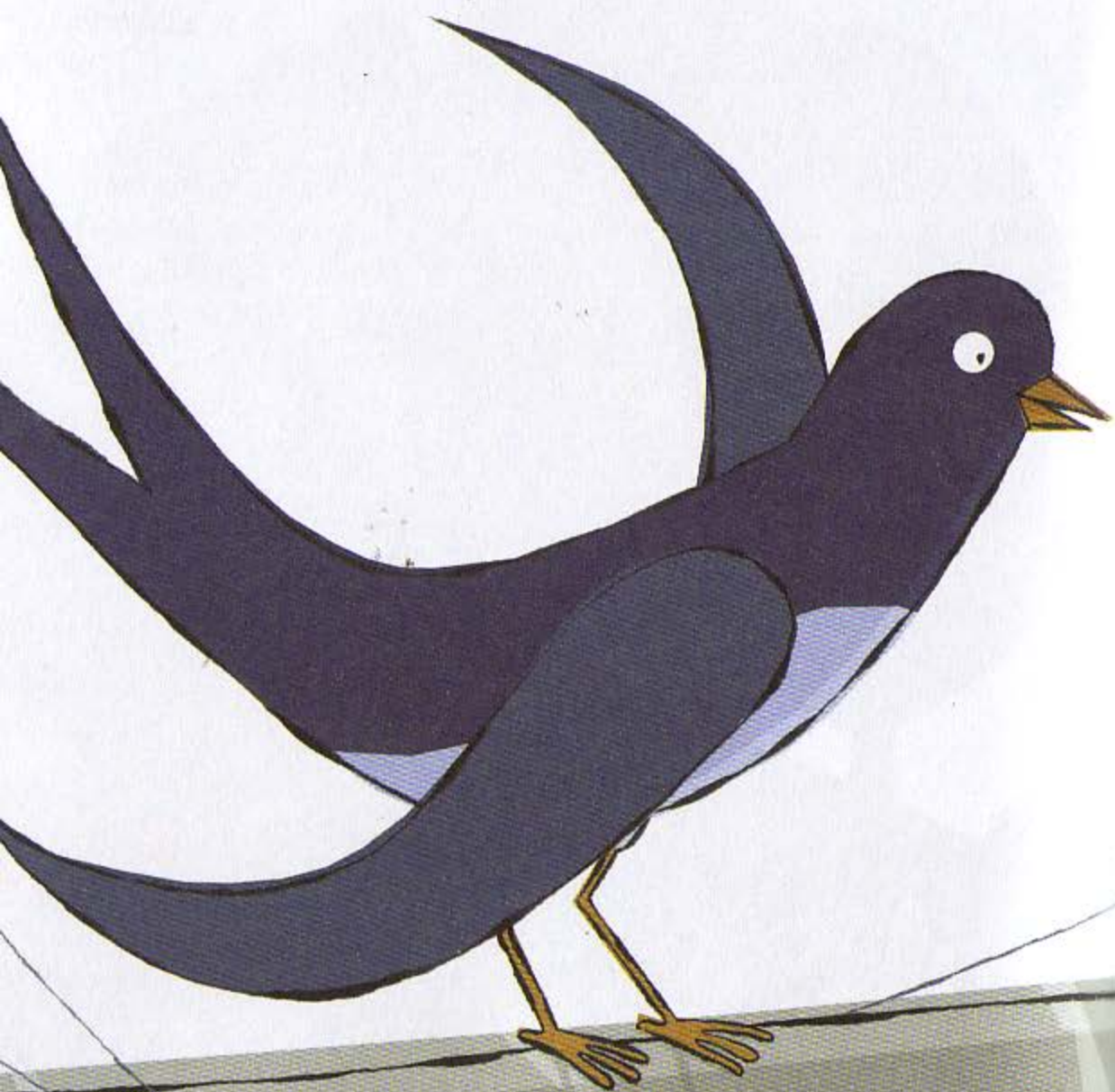


La araña de las hilanderas  
la vio llegar una primavera  
y decidió entregarle su corazón  
y sus secretos.

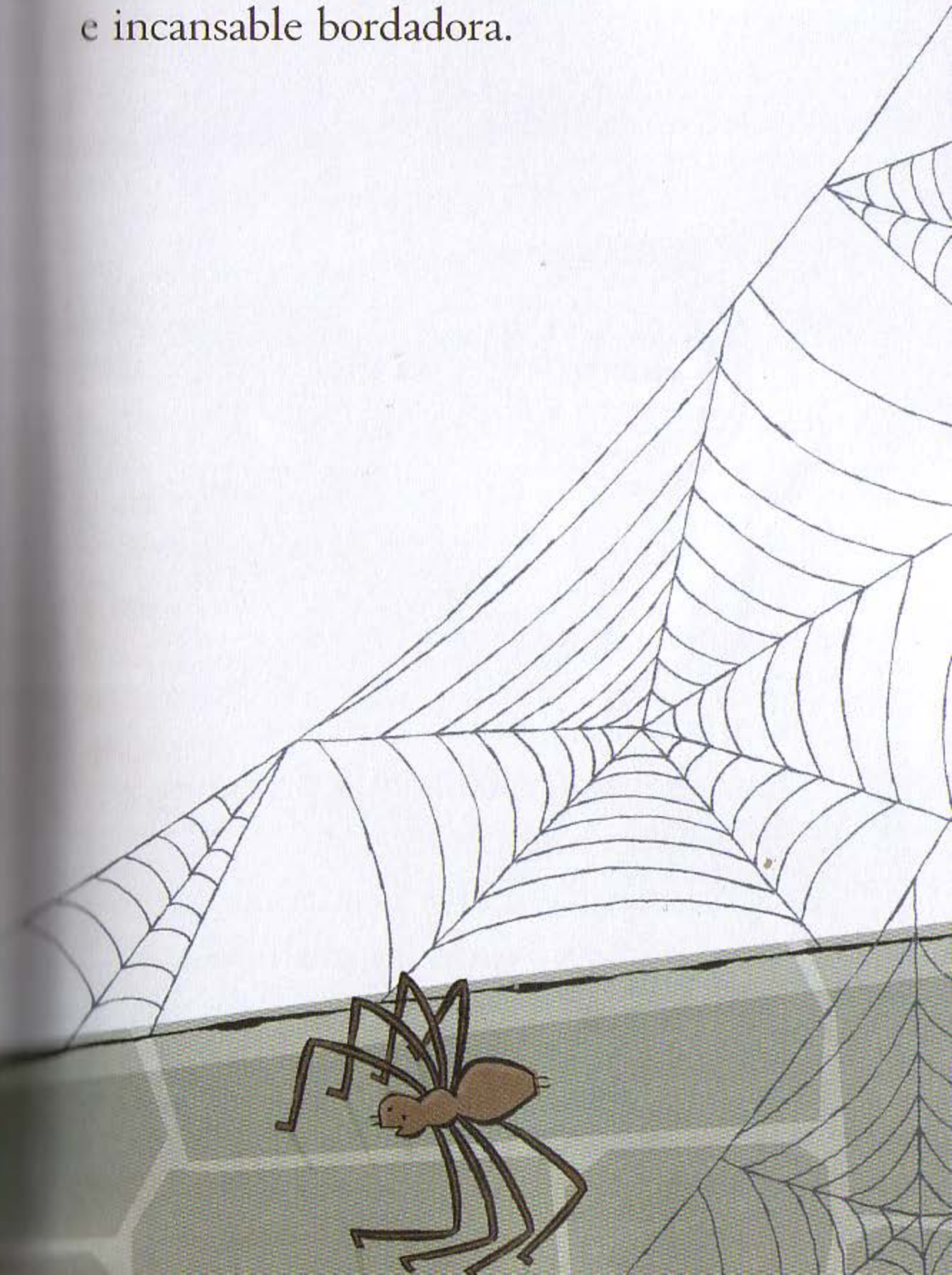
Al principio, la golondrina se asustó  
al escuchar la voz demasiado ronca  
de aquella arañita negra.



Después se posó cerca del muro  
donde la araña tejía y tejía,  
mientras bordaba palabras  
y correteaba con prisas:  
muro arriba, muro abajo.



¡Parecía tan atareada!  
Los ojos de la golondrina perseguían  
los gestos de aquella diminuta  
e incansable bordadora.

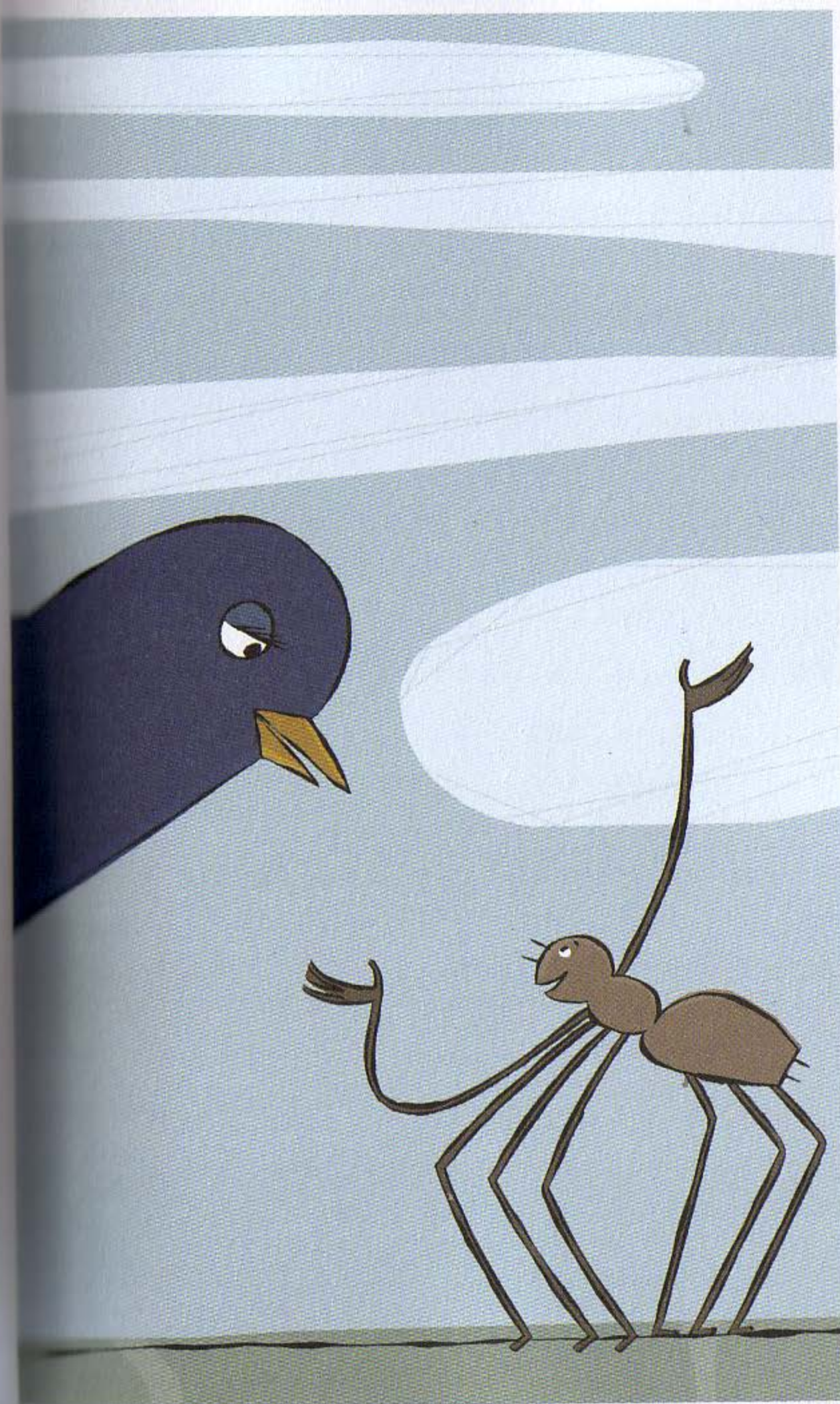




Durante días, ni se saludaron.

Una mañana, mediada la primavera,  
la arañita decidió confesar  
sus sentimientos a la golondrina.

- Ven, te tejeré un nido mullido.
- Tengo uno junto con mis hermanas.
- Este sería solo para ti.
- Me gusta la compañía.



Para ganar su atención,  
la araña tejió una flor de cuatro pétalos.

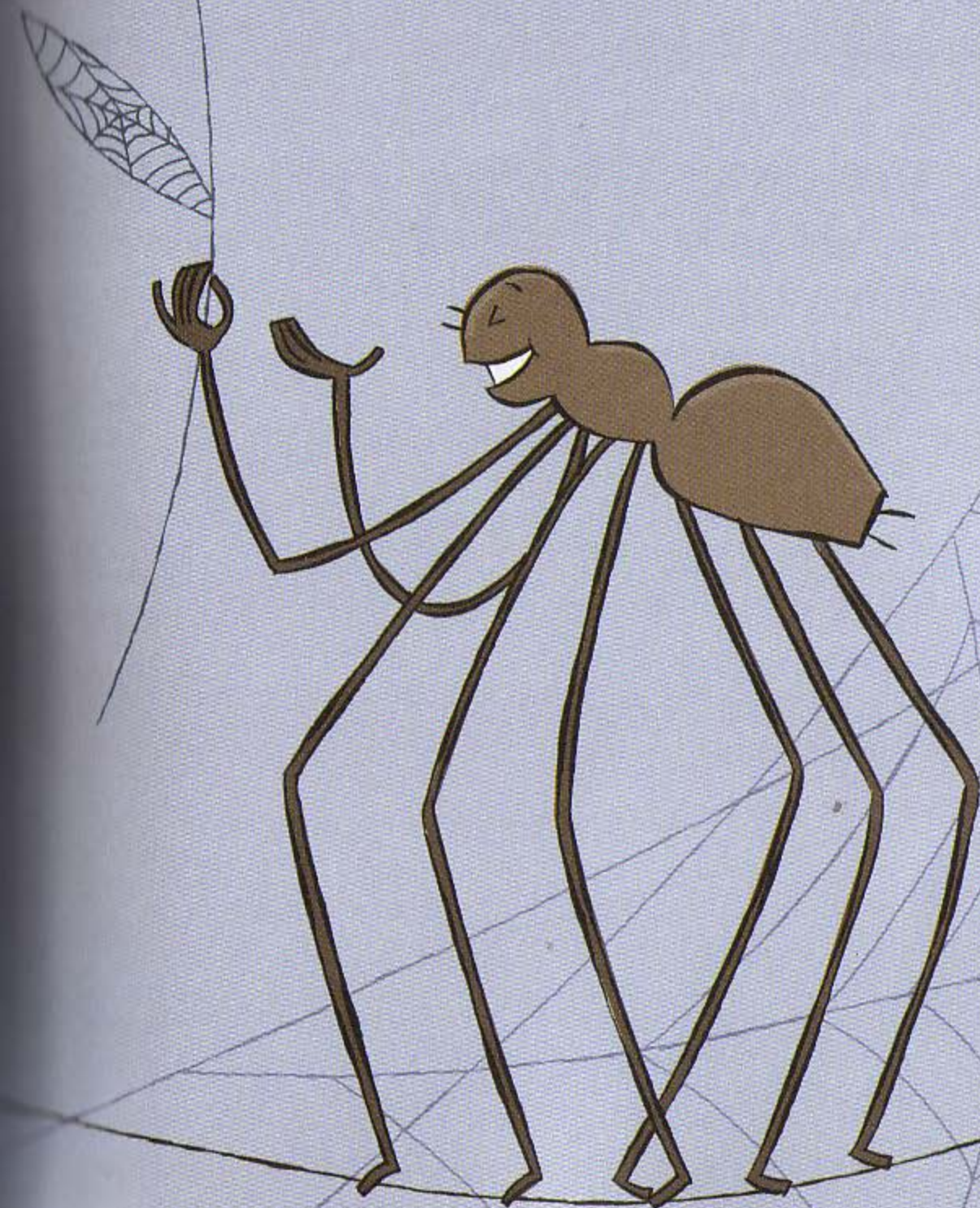
-Es para ti.

-Gracias.

Y acercó curiosa el pico.

-¡No tiene olor!

Me gustan las flores del campo.

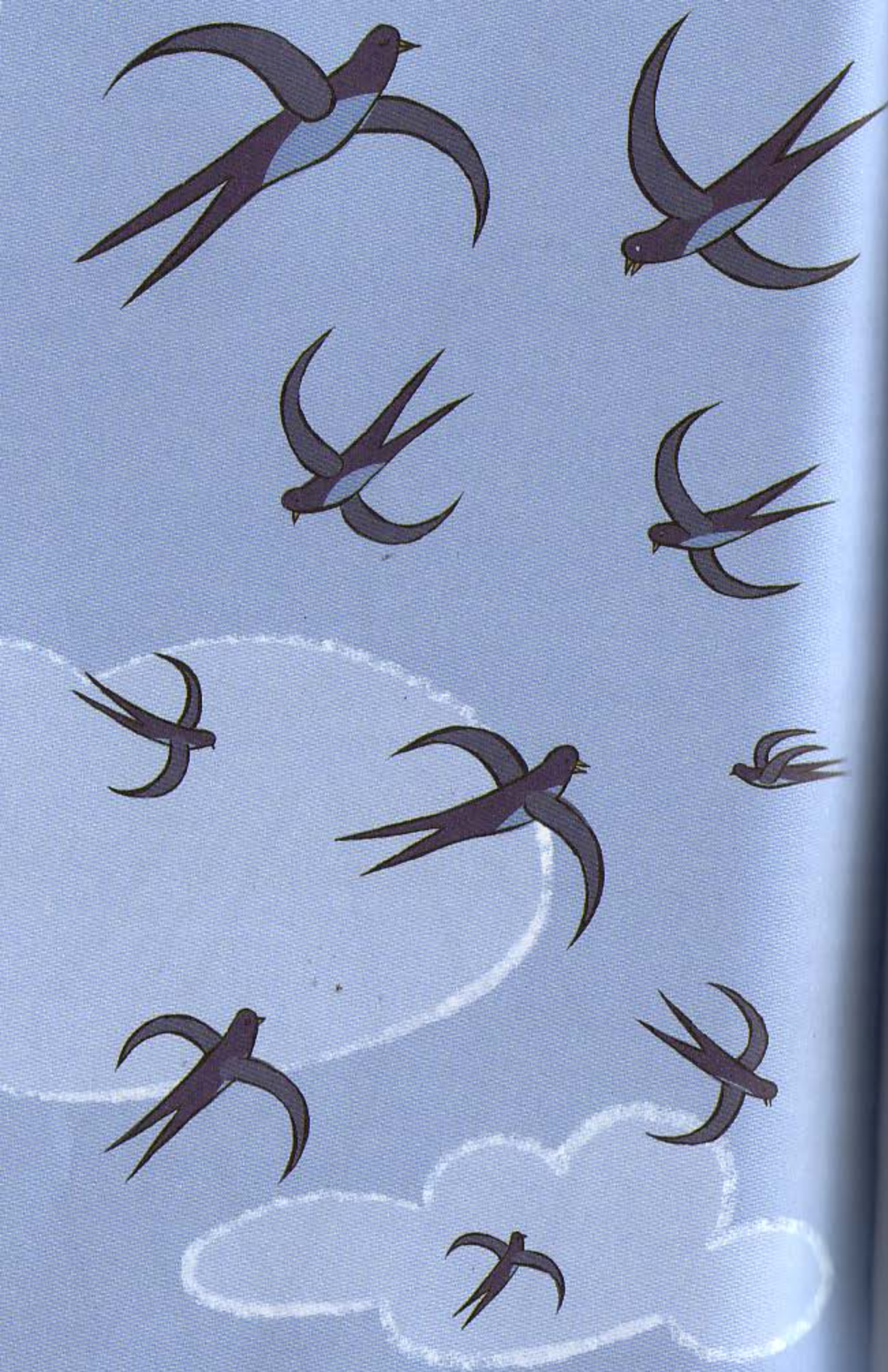


Las arañas no se rinden fácilmente,  
por algo se pasan la vida  
retejiendo telas que todos rompen  
y ellas reparan una y cien veces.

–Si vienes conmigo, nunca pasarás frío  
porque te bordaré un largo abrigo  
para los inviernos.

–Me gusta sentir el viento frío  
en el pico.





Pasaban los días de primavera y la golondrina encontraba siempre tiempo para alejarse de sus amigas y visitar a la araña bordadora.

En silencio, pasaba las horas fascinada con aquel tejer incesante y las filigranas brillantes que la pequeña hilandera negra construía corriendo sobre los hilos como una funámbula.





-¿No descansas nunca?  
-A veces. Cuando tengo hambre.  
La golondrina no le dijo  
que, antes de conocerla,  
comía arañitas laboriosas.  
-¿Puedo posarme un momento  
en tu blanco vientre?  
-Claro, te haré un sitio  
entre mis plumas.



Y desde aquella mañana,  
todos los días saltaba  
hasta el mullido pecho  
de la complacida golondrina,  
que gorjeaba canciones  
para su extraña amiga.

Así pasó la primavera  
y llegó el verano,  
con el canto de las chicharras  
durante las siestas  
y el croar de las ranas  
durante los atardeceres.

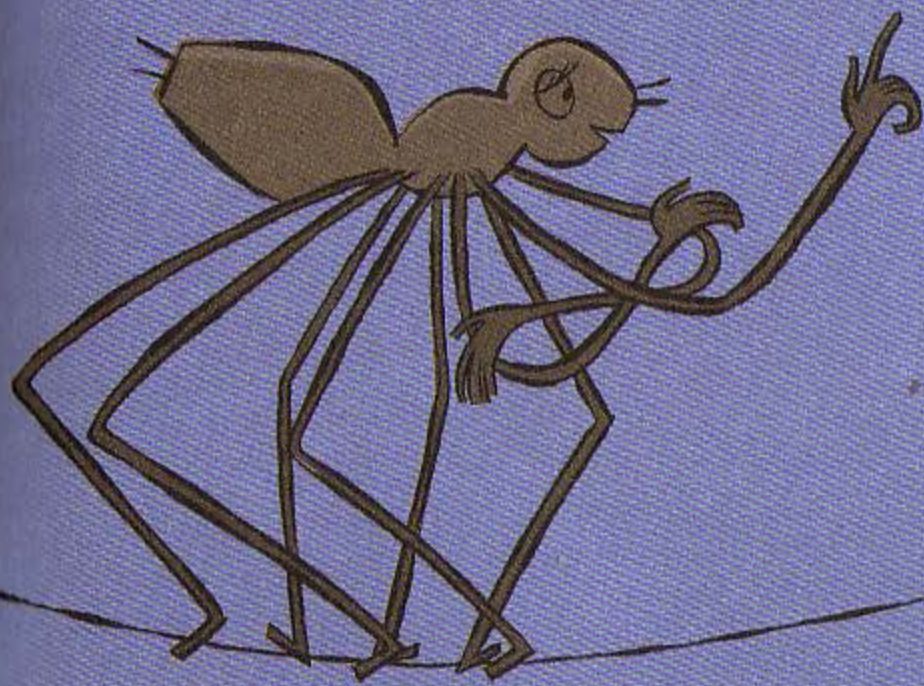


Una de esas noches  
vestidas de blanco por la luna,  
la pequeña araña no lograba dormir  
sobre la cama tejida.  
Recordaba el pecho blanquísimo  
de su golondrina  
y echaba muy en falta  
las horas de su compañía,  
sus gorjeos y sus ojos redondos  
y brillantes como cristales vivos.



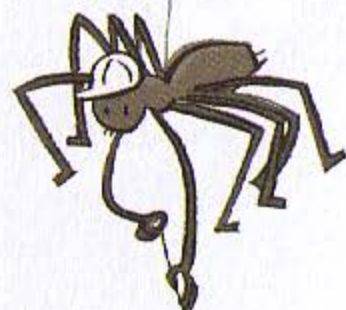
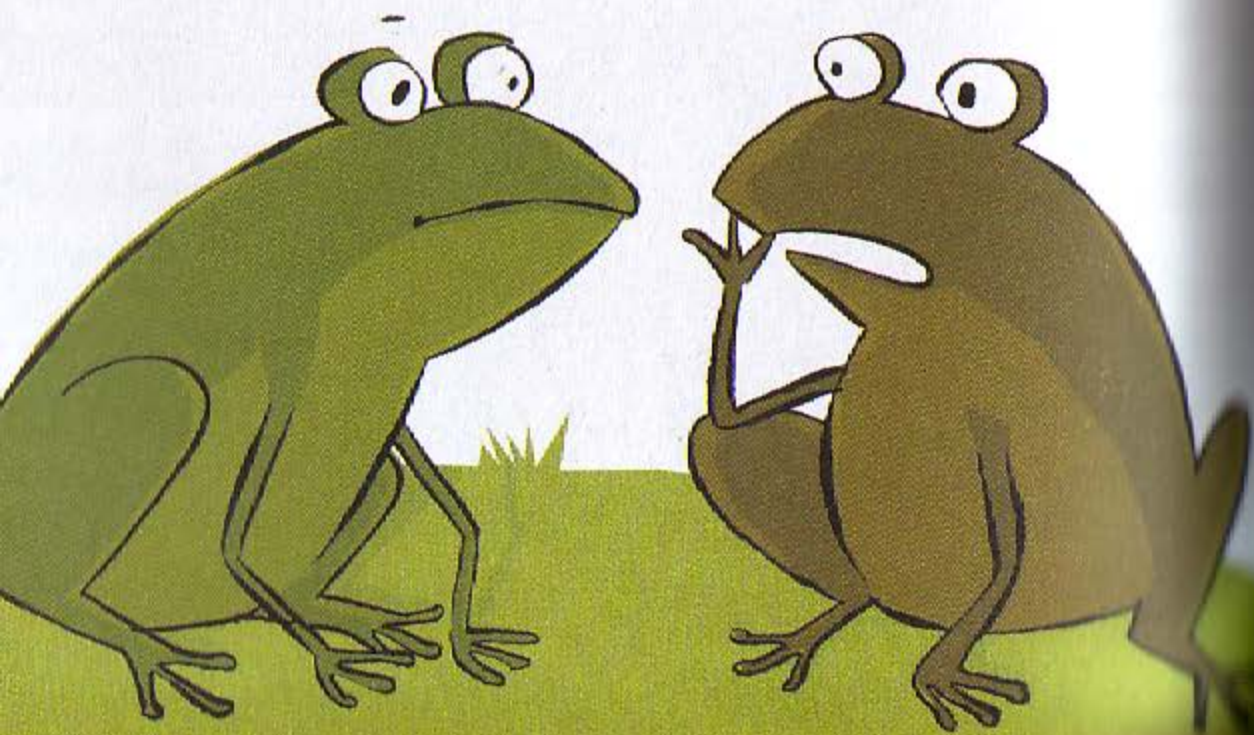
Pronto terminaría el verano.  
Todas las golondrinas  
se reunirían cerca del charco  
donde croaban las ranas  
y prepararían el largo viaje al Sur.

-Tengo que darme prisa.  
La araña impulsó sus patas  
y se lanzó en picado hasta el muro  
donde se sucedían las citas  
de cada mañana.  
En el muro, durante toda la noche,  
tejió y tejió mientras la luna bañaba  
de plata su cuerpecito negro.

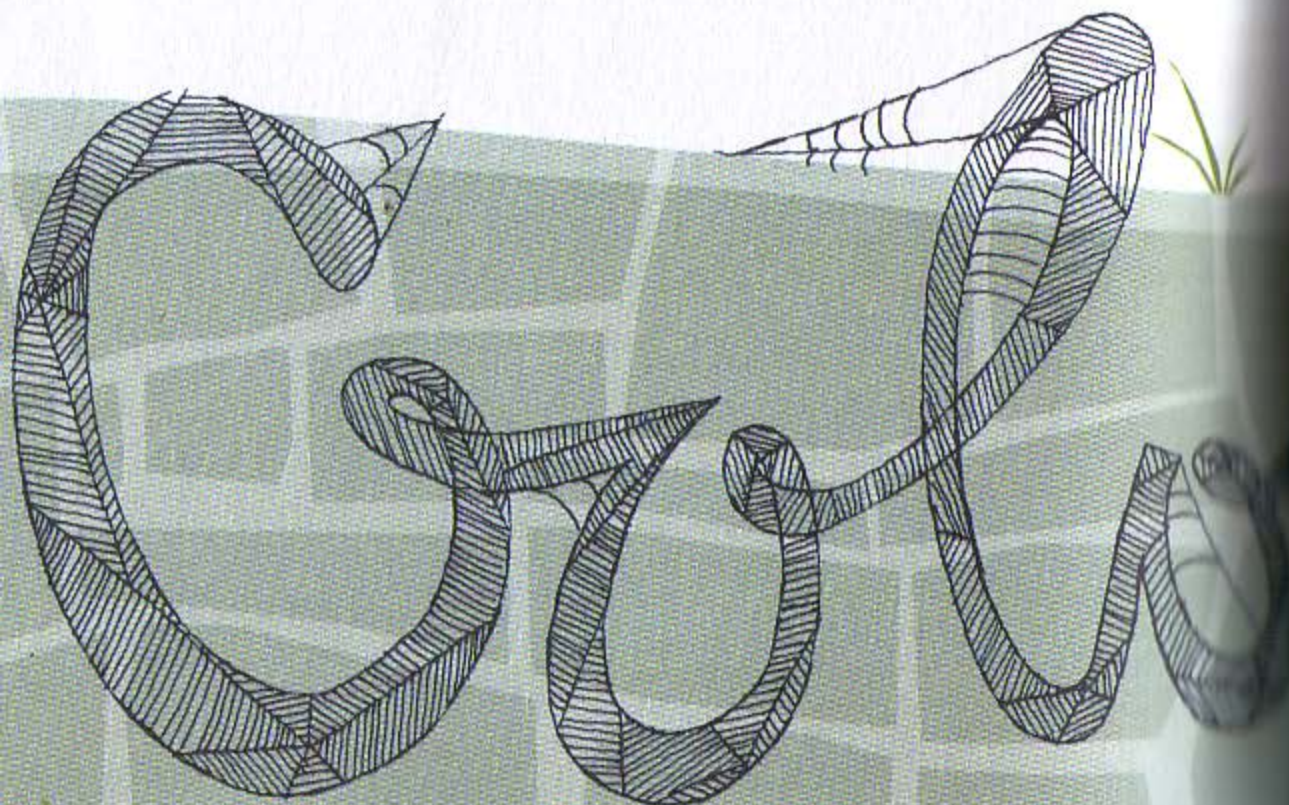


Los sapos insomnes  
abandonaron la charca  
y se fueron saltando  
hasta el borde del muro  
para contemplar aquella maraña  
sobre la que bailaba en equilibrio  
la pequeña araña.

—¡Ya está! —gritó la diminuta araña  
negra negrísima contemplando,  
colgada de un hilo de seda,  
su obra maestra.



Cuando llegó la golondrina,  
quedó picoabierta y orgullosa.  
Sobre los desconchados del muro,  
estaba tejido su nombre.





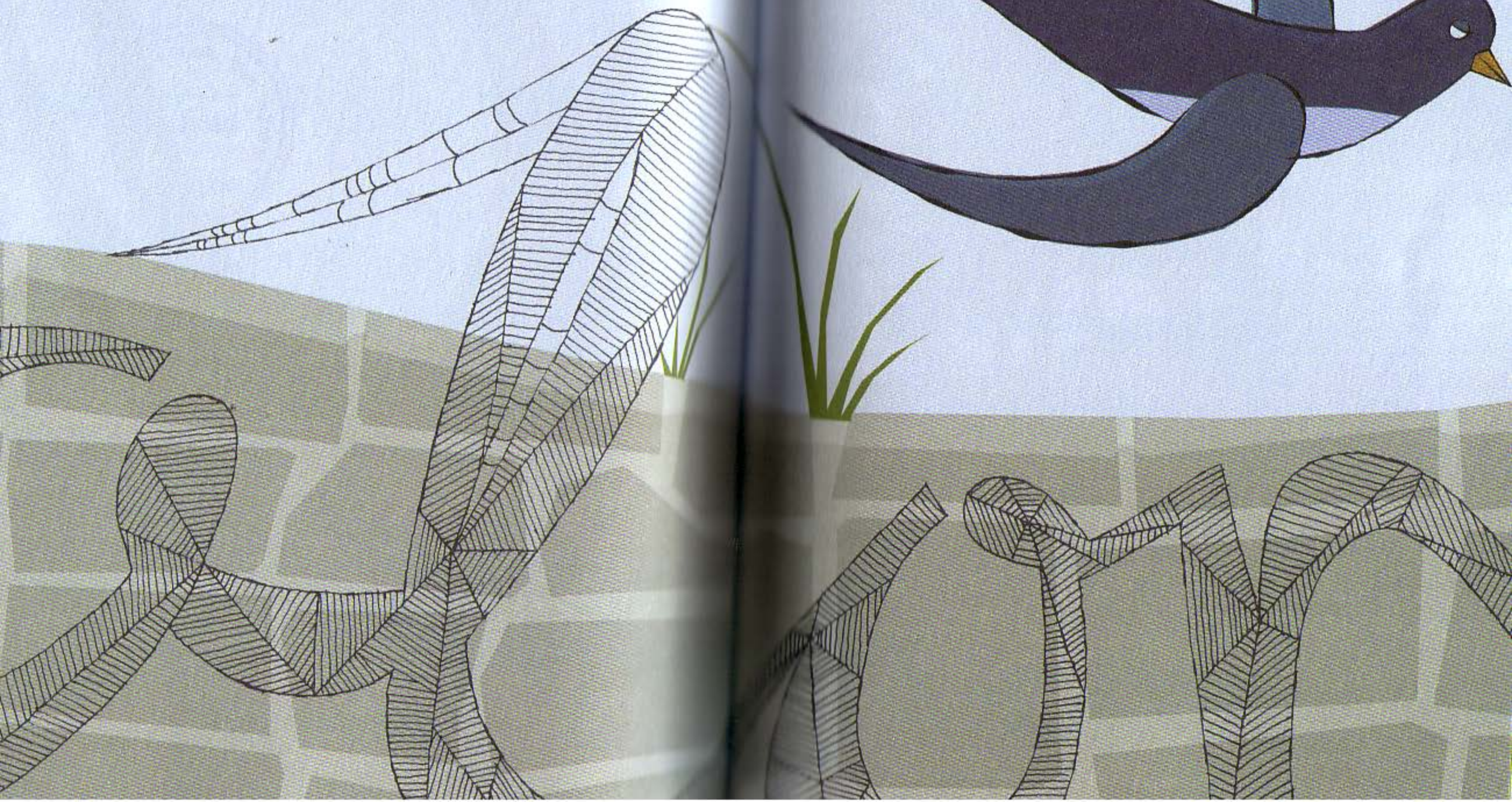
–¡Qué maravilla! –gorjeó feliz  
mientras los sapos hinchaban con envidia  
sus gargantas y la pequeña araña se sentía  
orgullosa de sus habilidades.


¡Amaba tanto a la golondrina!

–Si te quedas,  
todas las noches tejeré  
una palabra para darte los buenos días.



La golondrina movió su cabecita  
repasando la hermosura de las letras,  
estiró su cola recortada  
y revoloteó un rato  
siguiendo el rastro de las letras.



A stylized illustration of a forest. In the foreground, there are several large trees with rounded, flat-topped canopies in shades of green and brown. A path winds through the trees. In the background, a blue sky is visible with a few small figures of people walking on the path.


Después volvió a posarse  
frente a su amiga.

–No puedo, hermosa tejedora,  
me esperan mis hermanas  
y he de seguir mi destino.

–Pero...

–Adiós.

Y durante muchos minutos,  
retumbó su despedida sobre el muro:  
adiós... adiós... adiós.

A stylized illustration of a landscape. The foreground shows rolling green hills with small yellow flowers. In the middle ground, there are yellow and orange hills. A single blue evergreen tree stands on a hill. In the background, there are blue horizontal bands representing a sky or water. A small figure of a person is visible on a hill to the right.

–¿Volverás?  
Pero nadie respondió  
a la pregunta de la araña.  
Las golondrinas y las arañas  
no pueden amarse.



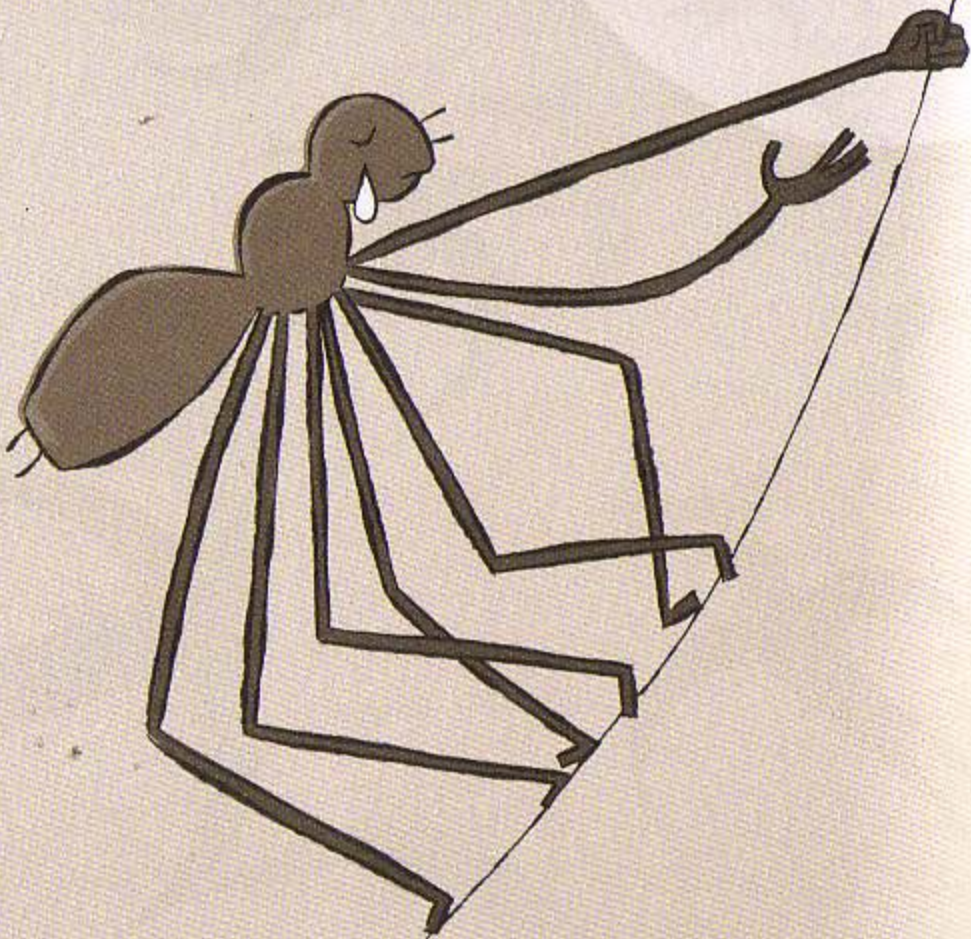


Los sapos regresaron a la charca  
y el cielo se cubrió  
con un manto de golondrinas  
viajando en busca del Sur.

La pequeña tejedora de palabras  
sintió resbalar una lágrima negra  
por sus patas delanteras.

Subió hasta la «a»,  
tejió un largo hilo de plata  
y se durmió colgada en su extremo.

–Hasta la primavera  
–dijo antes de cerrar los ojos,  
y el eco de su pena  
fue repitiendo sobre las nubes:  
era... era... era...





Gabriel, el pintor,  
ha vuelto a asomar al balcón  
sus ojos cargados de sueño.

–¡Increíble! –murmura asombrado.  
Su pequeña tejedora ha bordado  
una hermosa palabra  
sobre el muro desconchado.  
Es una palabra de enamorada.

Gabriel toma sus pinceles,  
busca un lienzo nuevo  
y pinta la historia de amor imposible  
que vivieron, una primavera y un verano,  
la golondrina y la araña.

